

Carmen Suárez  
León

*Conspiración y poesía.  
Encargo a los  
dominicanos*

J

I

osé Lezama Lima escribe en su majestuoso ensayo «Paralelos. La pintura y la poesía en Cuba (siglos XVIII y XIX)», escrito en abril de 1966:

En esos momentos es cuando Martí empieza a fijar la escritura dibujada de su *Diario, que es para mí el más grande poema escrito por un cubano*, donde las vivencias de su sabiduría se vuelcan en una dimensión colosal. Este poema únicamente puede ser comparado con las *Soledades* del viejo Góngora o con las *Iluminaciones* o *Una temporada en el infierno*, del hechicero niño de la tribu, del arúspice furioso, del mejor lector del hígado etrusco, Rimbaud.<sup>1</sup>

Se refiere al diario de viaje, también llamado diario de campaña, aunque toda clasificación es conflictiva al referirse a este texto, *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*,<sup>2</sup> nombrando los puntos geográficos extremos del último tramo jubiloso e intenso de su existencia, a través de la manigua cubana, formando parte del ejército libertador de Cuba hasta caer en combate el 19 de mayo de 1895.

<sup>1</sup> JOSÉ LEZAMA LIMA: «Paralelos. La pintura y la poesía en Cuba (siglos XVIII y XIX)», en *La cantidad hechizada*, p. 184, col. Contemporáneos; UNEAC, La Habana, 1970.

<sup>2</sup> JOSÉ MARTÍ: «De Cabo Haitiano a Dos Ríos», en *Obras completas*, t. 19, pp. 213-243, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. (En lo adelante citaré siempre por esta edición.)

Es sorprendente y luminoso que Lezama otorgue una categoría semejante a este texto, digamos que «ancilar» de la escritura martiana en comparación con sus poemarios *Ismaelillo*, *Versos sencillos*, *Versos libres*, considerados como núcleos irradiadores de la escritura de la modernidad en lengua española, junto a las crónicas magníficas de sus *Escenas norteamericanas*. Las poderosas razones de Lezama no dejan lugar a duda y con lúcida amabilidad relativizan la rigidez aparente del canon.

Sucede, sin embargo, que este diario está antecedido por otro más pequeño dedicado a la dramática etapa anterior a la partida para la guerra. Estos apuntes de viaje se han llamado *De Montecristi a Cabo Haitiano*<sup>3</sup> y son notas tomadas al vuelo y dedicadas a dos niñas amadas en su estremecedor periplo final por tierras dominicanas en busca de ayuda para poder articular una pequeña expedición junto con el mayor general Máximo Gómez y poder alcanzar la tierra cubana, ya declarada la guerra. En las semanas anteriores había sido traicionado y las expediciones cuidadosa y secretamente preparadas puestas al descubierto.

El diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* es, pues, el preámbulo legítimo de este gran poema, y en su lectura reconocemos lo que Lezama llama «escritura dibujada» para significar esa plasticidad digamos que quintaesenciada con la que José Martí describe lo que va viendo y al mismo tiempo lo somete a una reflexión profunda produciendo un tejido que armoniza instancias locales y universales. Esta escritura de la modernidad inscribe valores de lo que podríamos llamar «dominicanidad» y desde esa especificidad isleña construye el universo de lo antillano y lo nuestro americano. Si reconocemos en José Martí a un fundador de la escritura moderna en lengua española, a un clásico universal de la literatura hispanoamericana, este texto en su singularidad podría ser un texto canónico de la serie literaria dominicana.

Escribe José Martí en la dedicatoria y la justificación de estos apuntes de viaje: «Mis niñas: Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para Vds., con los que mandé antes. No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y por mar, en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba

<sup>3</sup> Ibidem, pp. 183-212.

pensando en Vds. Su M.[artí]». Son pues breves y ceñidas anotaciones escritas para dos jóvenes muchachas que pudieran ser sus hijas y a las que ofrece una prueba de amor y al mismo tiempo un texto que exalta la naturaleza y la cultura antillanas en sus hombres, sus costumbres, su paisaje y su historia, sin dejar de aprovechar la ocasión crítica que ofrezca algún ejemplo ético.

Palabras claves de este texto son «caballo», «mar», «angustia» y las fuentes mismas de la poesía de estos apuntes. Martí se mueve incesantemente por mar y tierra con una celeridad increíble, impulsado por la urgencia tremenda de la conspiración patriótica en la que el mismo azar teje y desteje posibilidades. Para sentir y calibrar esa angustiosa urgencia que impulsa a José Martí debieran reunirse en un libro de «textos cruzados» los apuntes del *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano* con la numerosísima correspondencia que envía desde todos los puntos donde toca y acompañarlos con la cronología objetiva de su tránsito. Leeríamos, entonces, una apasionante novela poética e histórica. Pensemos que sobre los pasos de Martí anda toda la policía secreta española y que todos sus actos y movimientos deben a un mismo tiempo anudar y preparar acciones decisivas para la guerra necesaria y ser maniobras de desinformación destinadas a los espías. Tampoco puede comprometer al gobierno dominicano.

Asistiríamos a un diálogo intertextual en que se complementan cartas con instrucciones objetivas, textos cifrados, apasionadas cartas a seres queridísimos, chorros de poesía, grandes reflexiones políticas, éticas, estéticas, existenciales, dramáticas iluminaciones proféticas...

## II

Pero volvamos a los apuntes del diario, sobre cuya escritura quiero hacer algunos comentarios. No es de extrañar que sea el lenguaje la primera instancia cultural sobre la que José Martí reflexiona para dar testimonio del habla dominicana a sus muchachas. Conoce muy bien el valor del idioma. De lo que escribe es de la lengua viva y copia, como lo hará en los apuntes de la manigua cubana, parlamentos enteros que escucha en la boca de los hombres que se cruzan en su camino: «La frase aquí es

añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera.» Entre esas frases cogidas al vuelo y estudiadas en sus filos sabios o en sus arrojados ingenuos anota y enjuicia:

- a) «Si me traen (regalos de amigos y parientes a la casa de los novios) me deprimen, porque yo soy el obsequiado».
- b) «¡Qué buena está esa pailita para mis chicharrones!»
- c) «Lo que te dije y tú no me quisiste oír: cada peje en su agua.»<sup>4</sup>

Y se destacan también de tramo en tramo del texto los retratos martianos de hombres y mujeres encontrados al paso, pero especialmente me parecen notables los retratos de mujeres dominicanas, y tal vez esta preferencia esté en relación con las destinatarias femeninas de sus apuntes. Veamos algunos:

Por la sabana de aromas y tunas, cómoda y seca, llegamos, ya a la puesta, al alto de Villalobos, a casa de Nené, la madraza del poblado, la madre de veinte o más crianzas, que vienen todas a la novedad, y le besan la mano. «Ustedes me dispensen», dice al sentarse junto a la mesa a que comemos, con ron y café, el arroz blanco y los huevos fritos: «pero toito ei día e stao en ei conuco jalando ei machete.» El túnico es negro, y lleva pañuelo a la cabeza. El poblado todo de Peña la respeta.

[...] Mercedes, mulata dominicana, de vejez limpia y fina, nos hace, con la leña que quiebra en la rodilla su haitiano Albonó, el almuerzo de arroz blanco, pollo con llerén, y boniato y auyama: al pan prefiero el casabe, y el café pilado tiene, por dulce, miel de abeja.

[...] y a la tarde nos vamos a la casa de Jesús Domínguez, padre de muchas hijas, una de ojos verdes, con cejas de

<sup>4</sup> Desde el vapor Athos, que lo conduce a Cabo Haitiano, ya establece esa atención sobre el lenguaje para motivar a su estudio a las niñas queridas. En carta a Carmen Mantilla escribe: «*Atlas*, por ejemplo, es el nombre de la compañía de estos vapores: busca *Atlas*, y escribe lo que encuentres.— *Athos*, es el nombre del vapor: busca *Athos*.— *Cap Haitien* es el lugar a donde vamos ahora.— búscalo, en el Larousse y en las geografías. Y así harás un libro curioso, e irías pensando en mí.» (JOSÉ MARTÍ: *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Plá, t. V, p. 56, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993.)

arco fino, y cabeza de mando, abandonado el traje de percal carmesí, los zapatos empolvados y vueltos, y el paraguas de seda, y al pelo una flor:—y otra hija rechoncha y picante, viene fumando, con un pie en media y otro en chancleta, y los dieciséis años del busto saliéndosele del talle rojo: y a la frente, en el cabello rizo, una rosa.

[...] De Ceferina Chávez habla todo el mundo en la comarca: suya es la casa graciosa, de batey ancho y jardín, y caserón a la trasera [...] Ceferina, que monta con guantes y prendas cuando va de pueblo, es quien de ama propia, y a brío de voluntad, ha puesto a criar la tierra ociosa....

Todos estos ejemplos muestran esa presencia femenina en sus apuntes y la conjunción entre lenguaje, paisaje y costumbres.<sup>5</sup> Es un estilo conciso, donde la sensación y la impresión se cargan de conceptos, de modo que descripción y reflexión articulan una escritura en que las marcas locales van continuamente a integrarse en esa visión universalista martiana de lo uno en lo diverso por la que los valores culturales antillanos pasan a formar parte de una escritura de la modernidad que Martí construye conscientemente como fundamentación textual de nuestra cultura.

Todo este texto es el reconocimiento de un espacio material habitado por antillanos, de la cultura que han generado, de su historia y su sicología. Al colocarse frente a la naturaleza americana de las Antillas Martí reconoce el valor y la belleza intrínseca de lo que observa y su unidad esencial con el resto del universo. Tal vez por ello uno experimenta la enorme altura espiritual y ética que alcanza la escritura en la contemplación de la naturaleza, como si se tratara de una especie de comunión con el espacio americano y antillano que le otorga la legimitación última de sus actos:

<sup>5</sup> Desde Santiago de los Caballeros, el día 19 de febrero le escribe a Carmen Mantilla: «Le hablé de ti a una guajirita que sabe leer letra de pluma: a una huérfana de nueve años:— ahora le llevo de regalo un libro: se lo llevo en tu nombre» (JOSÉ MARTÍ: *Epistolario*, ed. cit., t. V, p. 66.). En esta carta le pide también que busque para el diario que ella debe escribir las palabras *batey* y *Santiago*. Con esa misma fecha y desde ese mismo lugar graves asuntos son tratados en cartas a Gonzalo de Quesada, Benjamín Guerra, José Dolores Poyo y otras personalidades. Y además de las cartas en español escribe otras cartas cifradas donde va lo más oculto de la conspiración.

Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a la Vega, y era un bien de alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana: más gallardos pisaban los caballos en aquella campiña floreciente, corsada de montes a lo lejos, donde el mango frondoso tiene al pie la espesa caña: el mango estaba en flor, y el naranjo maduro, y una palma caída, con la mucha raíz de hilo que la prende aún a la tierra, y el coco, corvo del peso, de penacho áspero, y el seibo, que en el alto cielo abre los fuertes brazos, y la palma real. El tabaco se sale por una cerca, y a un arroyo se asoman caimitos y guanábanos. De autoridad y fe se va llenando el pecho.

Junto con esta visión de la naturaleza hay referencias frecuentes al batey, naturaleza hecha paisaje y significación humana, espacio identitario de Las Antillas por excelencia, relacionado con la plantación y lo más íntimo de su cultura. Y hay unos instantes mágicos la noche del 15 de febrero de 1895, en que José Martí queda como hechizado por la noche antillana en el batey. Escribe: «Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos. Era como un aseo perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre».<sup>6</sup>

Muchos aspectos quedan fuera de estas pocas páginas: las reflexiones culturales de Martí en los momentos de reposo refe-

<sup>6</sup> En la carta citada del 19 de febrero le ha escrito a María: «Yo te necesito más, mientras menos te veo. Anoche, a las cuatro de la madrugada, estaba en el batey, como aquí llaman al patio de las casas de campo, al claro desyerbado que rodea la casa de vivienda: en el cielo, de un azul que parecía vivo, estaban encendidas las estrellas: la luna recortada, y como de un fuego suave, iluminaba arriba un mazo de palmas: las hojas de las palmeras se mecían suavemente, en el claro silencio: yo pensaba en ti.» Y en su diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, escribirá el 18 de abril, ya en los campos de Cuba: «La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiea y su coro le responde; aún se ve, entre la sombra, que el monte es de cupey y de *paguá*, la palma corta y espinada; vuelan despacio en torno las *animitas*; entre los nidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva siempre sutil y mínima—es la miriada del son fluido: ¿qué alas roza las hojas? ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas?» (JOSÉ MARTÍ: *Obras completas*, t. 19, p. 218.)

ridas a los más variados temas y libros que encuentra a su paso, los retratos masculinos, sus idas y venidas por pueblos dominicanos, sin embargo, quiero terminar con la referencia a su tránsito por Haití, deliciosamente narrado en estos apuntes sustanciosos de los días 2 y 3 de marzo, donde no queda fuera de su ojo avisado el tráfico fronterizo ni la belleza de las jóvenes haitianas. Y queda como uno de los más poéticos homenajes el texto escrito el 4 de marzo, mientras regresa durante la noche desde Cabo Haitiano a Montecristi en una lancha:

Y abrí los ojos en la lancha, al canto del mar. El mar cantaba. Del Cabo salimos, con nubarrón y viento fuerte, a las diez de la noche; y ahora, a la madrugada, el mar está cantando. El patrón se endereza, y oye erguido, con una mano a la tabla y otra al corazón: el timonel, deja el timón a medio oír: «Bonito eso»: «Eso es lo más bonito que yo haya oído en este mundo»: «Dos veces no más en toda mi vida he oído yo esto bonito». Y luego se echa a reír: que los *vaudous*, los hechiceros haitianos, sabrán lo que eso es: que hoy es día de baile *vaudou*, en el fondo de la mar, y ya lo sabrán ahora los hombres de la tierra: que allá abajo están haciendo los hechiceros sus encantos. La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora —más de una hora.— La lancha piafa y se hunde, rumbo a Montecristi ●

(La Habana, octubre y 2002)